

Cubanismo

—• Por Jorge Mañach •—



Cubanismo. He ahí la invocación con que a menudo se pretende entre nosotros disimular mil aprovechamientos, entonar muchas estridencias y justificar infinitas aldeanidades. Cubanismo. La palabra se ha explotado tanto, se ha utilizado tan a destajo para efectos de galería, que ya ha perdido su virtualidad como recurso verbal, quedándose con la sola eficacia de suscitar, apenas pronunciada, muchos recelos y propósitos de examen. Así, la palabra ha ido cobrando, lentamente, adherencias de hipocresía, de cursilería, de obcecación, porque todas estas actitudes suelen guarecerse detrás de ella como tras un escudo, o lanzarla como un dicitio inocuo en las ondas de la polémica.

Convendría hacer alguna vez un cuidadoso inventario y clasificación de estas actitudes “cubanísticas”, a ver si las dejábamos bien en descubierto y le restituíamos a la palabra la nobleza que le es propia y el discreto uso que exige toda alusión a la patria, como toda alusión a la autora de los propios días. Porque si desconfiamos, con tanta razón, del hombre que anda siempre poniendo a su madre de valedora o ameritándose por el cariño que le profesa, no menos en guardia debiéramos ponernos contra el que de continuo saca a relucir su “cubanismo”, presumiendo de una sensibilidad y celo patrióticos excepcionales.

Se conocen las distintas variedades de estos invocadores del “cubanismo”. Una es la variedad política. La de los malos políticos. La de los logreros, o los cómplices y aspirantes del logro, que en los discursos cuidan siempre de apuntalar con frases de Martí o alusiones a Maceo y a los demás próceres las más evidentes claudicaciones. Esa fauna es demasiado notoria, y por fortuna, ya casi todo el mundo sabe a qué atenerse respecto de ella. Por lo mismo, ese “cubanismo” ostensiblemente verbal ya no produce más efecto que el de irritar a los que gustarían siempre de ver los nombres puros en lecho de candor.

Pero hay otros “cubanismo” en que la peligrosidad aumenta, aunque parezca paradójica, a medida que aumenta la decencia personal detrás de ellos. Intentemos una clasificación sumaria:

1. El cubanismo litúrgico. Litúrgico, porque tiene

sus fórmulas y ocasiones ceremoniales, y su beatería. Es el de los señores que se conocen de pe a pa los episodios de la gesta patriótica y los aniversarios correspondientes. Asisten a todas las conmemoraciones, esmaltan su conversación, sus discursos o sus escritos, de alusiones a la manigua heroica. Todo lo cual estaría muy bien si, cuando estos señores se topan con alguien cuya cubanidad no consiste precisamente en ese saber y liturgia, no creyeran oportuno rezongar acerca de su “frialdad” patriótica. Pero, generalmente, el “frío” es el que les da luego ejemplos de honda preocupación cubana y de digna abstención o silencio frente a ciertas complicidades. Estos señores decentes solo admiran el gesto épico... a distancia.

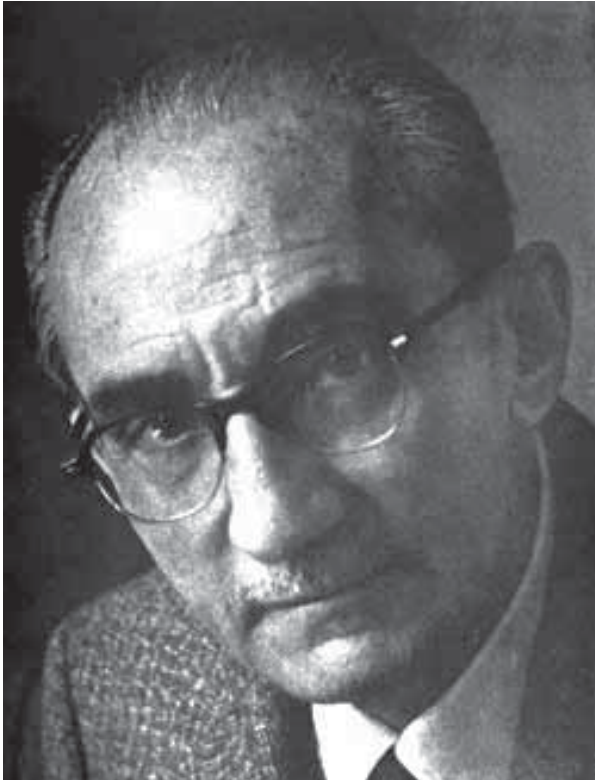
2. El cubanismo hiperestésico. Suelen representarlo señores de indudable decencia, pero de una sensibilidad patriótica en carne viva. Tanto, que no pueden ver con calma nada que sea una actitud crítica ante las cosas patrias. Crean honradamente, al parecer, que han nacido en el mejor de los mundos posibles, y si a veces se avienen a tolerar una censura de lo muy transitorio, no permitirán que se condene lo que tenga cierta permanencia -por ejemplo, la estética de nuestro paisaje, la bondad de nuestro clima o la sanidad de nuestro temperamento.

Cuando estos honrados cubanistas se enfrentan con espíritus para quienes la cubanidad no es un compromiso mental, sino un deber de lealtad veraz, se revuelven ariscamente en su cubanismo, como el armadillo en su caparazón. Tienen en realidad la más canija de todas las cubanidades, que es la negativa. Tienen el cubanismo medroso, que no se atreve a hacerle frente corajudamente a las feas cosas de la patria y a facilitar su saneamiento poniéndolas en descubierto, o permitiendo que otras las pongan. Toman siempre por las hojas el rábano de la crítica, leen y no se enteran, oyen campanas y no saben dónde, y dan de continuo el espectáculo de la más patética cursilería.

Sin duda, necesitamos en Cuba, hoy más que nunca, una dosis enorme de cubanismo. Pero de cubanidad sustantiva, no verbal. Necesitamos hombres que no vivan de ilusiones, sino de ideales.

Necesitamos críticos de la realidad, no apologetas cómodos del pasado. Necesitamos escritores de los que le saltan al paso a la injusticia y no de los que se queman de suspicacia y recelo ante la obra y la

palabra de los demás. Necesitamos, en suma, que el cubanismo sea una función fecunda y no un instrumento aparatoso.



Jorge Mañach, (Sagua la Grande, Las Villas, 1898-San Juan de Puerto Rico, 1961). Ensayista, periodista, profesor universitario, conferencista, crítico, político y animador cultural. Graduado de las universidades de Harvard y de La Habana, desde muy joven tomó parte activa en la vida cultural y política cubanas. Fue fundador del espacio radial educativo La Universidad del Aire, uno de los editores de la *Revista de Avance*, uno de los máximos dirigentes de la organización ABC y profesor de Historia de la Filosofía, de la universidad habanera. Integró en 1940 la Asamblea Constituyente y resultó después electo Senador. Integró la Academia Cubana de la Lengua, la Academia Nacional de Artes y Letras, la Sociedad Económica de Amigos del País y la Institución Hispanocubana de Cultura. Combatió las dictaduras de Machado y de Batista. Entre sus obras se hallan *Glosario* (1924), *Estampas de San Cristóbal* (1926), *Indagación del choteo* (1928), *Historia y estilo* (1944) y la conocida biografía *Martí; el Apóstol* (1933). Inconforme con la radicalización del proceso revolucionario, a fines de 1960 marchó a Puerto Rico. El presente artículo lo hemos tomado de *El País*, Año VIII Nro. 102. La Habana, 13 de abril de 1930. P. 4.

W.C